



## PRESENTACIÓN

*Manuel Gutiérrez Navas*  
Director de *Mediterráneo Económico*

El primer cuarto del siglo XXI está siendo especialmente fructífero en movimientos socioeconómicos y geopolíticos de alcance, salpicados con el continuo avance de las tecnologías de la información. La intensidad con la que han ido llegando y acumulado sus efectos ha llevado a definir este extraño tiempo con diversos neologismos, siendo VUCA —acrónimo construido con las iniciales en inglés de volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad— uno de los que ha cosechado mayor éxito. Nosotros preferimos simplificarlo, explicando que nos encontramos en un tiempo de cambios cada vez más rápidos y de consecuencias cada vez más radicales.

Entre los vectores con los que dejamos atrás el sangriento siglo XX se encuentra la globalización, inaugurada tras el final de la guerra fría, con la consiguiente apertura de fronteras entre países para los bienes, servicios y capitales de los demás. Consecuencia indirecta de este cambio de dirección fue asimismo la práctica desaparición de la inflación de entre los problemas de las sociedades avanzadas. Tanto es así que hoy una generación de españoles no reconoce haber vivido la inflación, ni siquiera sabe en qué consiste y, por lo tanto, no guarda recuerdo de sus consecuencias y peligrosidad.

Sin embargo, la salida de la crisis de la covid-19, con un repunte extraordinario de la demanda de bienes, las dificultades de ajuste de las cadenas de distribución globales y la continuidad de medidas dispares entre países para luchar contra las oleadas posconfinamiento, provocaron un repunte de los precios repentino e intenso, sin precedentes en al menos dos décadas. Posteriormente, la invasión de Ucrania por parte de la Rusia de Putin y el estrangulamiento del suministro de gas natural a Europa empujaron los precios hacia arriba, por el canal más delicado, el de la energía, haciendo temer que pudiéramos estar entrando en un entorno similar al de las crisis energéticas de los años 70.

De esta forma, la inflación, un viejo problema económico que creíamos vencido, ha vuelto a convertirse en el protagonista de la información económica. Inicialmente, los análisis del Banco Central Europeo —cuyo principal mandato es la estabilidad de precios— nos hablaban de un choque intenso, pero de corta duración, que sería superado en cuanto las cadenas de suministro se reajustaran. No fue así, posiblemente por el posterior *shock* energético. Lo cierto es que llevamos más de dos años de lucha contra la inflación y que las previsiones más optimistas no nos sitúan en la senda del objetivo de estabilidad de precios —el 2 %— hasta 2025.

Este episodio ha puesto de manifiesto algunas cuestiones que van mucho más allá del mero análisis de coyuntura económica. Por ejemplo, hemos comprobado cómo las dos teorías con las que los economistas se manejaban para tratar la inflación no son capaces de explicar todo lo que ha pasado y está pasando. O cómo el fenómeno es mucho más complejo de lo que parecía a simple vista y ni siquiera los bancos centrales han sido capaces de meterlo en cintura. Es más, el propio Banco Central Europeo ha puesto de manifiesto recientemente el desconocimiento existente sobre su naturaleza.

La enumeración de sucesos previa justifica de sobra que Mediterráneo Económico le dedique un número a este tema. Además, sus efectos sociales enraízan con muchas de las preocupaciones de las que esta publicación se ha ocupado en sus primeros 20 años de vida. A fin de cuentas, tras una definición relativamente sencilla —la inflación es la pérdida de poder adquisitivo del dinero— se encierran numerosos efectos.

Genera «ganadores y perdedores». Los deudores, por ejemplo, ven reducida la cantidad de dinero a devolver si los intereses de dicha deuda no están indexados con el IPC. Los consumidores, por su parte, ven reducida su capacidad de compra, lo que inmediatamente nos lleva hacia la cuestión de la distribución de la renta y la afectación diferencial de la inflación a las diversas capas de la sociedad. No en vano se la conoce también como el impuesto de los pobres. No todas las familias dedican la misma cantidad de su renta al consumo. Usualmente, las de menor poder adquisitivo se ven obligadas a dedicar una mayor cuota de sus ingresos que las ricas al gasto en bienes y servicios de consumo. Una inflación elevada y prolongada en el tiempo merma su capacidad de compra y disminuye su potencial de ahorro. Por otra parte, dado que no afecta por igual a todos los tipos de bienes, ni en tiempo ni en intensidad, se genera una incertidumbre que, en casos extremos, hace prácticamente imposible el desempeño normal de las empresas y de la economía.

En las fechas en las que debían entregarse los textos que conforman el volumen, el grupo terrorista Hamás lanzó un salvaje ataque contra Israel desde la franja de Gaza. La respuesta del Estado hebreo fue iniciar una guerra contra la milicia invadiendo la parte norte de la franja que supuso la apertura de un nuevo conflicto bélico de alta intensidad que amenaza con ampliarse a Cisjordania o Líbano y que está movilizando a una parte de la sociedad árabe en contra de Israel y de quienes consideran sus aliados. En suma, un nuevo elemento desestabilizador cuyas consecuencias socioeconómicas pueden ir desde un moderado aumento temporal del precio del crudo hasta dar lugar a un conflicto internacional con consecuencias generales en Oriente Próximo que podría desestabilizar algunas sociedades y llegar hasta occidente en forma de nuevas oleadas de refugiados o de aumento de las amenazas terroristas.

Quiero ilustrar con esto que el expediente inflación sigue abierto y que nuevos sucesos pueden ampliar el ámbito de los problemas que esta puede causar, haciéndola mutar, amplificando algunos de sus efectos o ampliando el plazo de tiempo en el que la suframos.

Esto es solo la punta del iceberg. Cualquier persona interesada encontrará en estas páginas muchas derivadas, algunas más evidentes que otras, del fenómeno inflacionario: los efectos



distributivos, la repercusión en los mercados financieros o la vinculación con el mercado de trabajo. Manuel Alejandro Hidalgo Pérez, profesor de la Universidad Pablo de Olavide y especialista en el análisis económico ha sido la persona encargada de coordinar este número. Su vertiente didáctica, que practica de manera asidua en medios de comunicación tradicionales y de nuevo cuño, ha quedado patente en la elección de los temas y las personas encargadas de construir el volumen.

La monografía que tienen ustedes entre sus manos, o en su pantalla, presenta una colección de aproximaciones a este tema desde diversas perspectivas. Una nómina de 20 especialistas, a través de 14 capítulos, nos ayuda a entender cómo hemos pasado en España de tener una inflación por debajo de los niveles objetivo a llegar al 10 %. Además del proceso, aprenderemos sobre la naturaleza de «esta» inflación, qué la hace distinta a brotes anteriores, cuáles ha sido sus causas, las evidentes y las no tan manifiestas, sus consecuencias, las herramientas y medidas que se han puesto en marcha y hasta las teorías económicas que se encuentran detrás de las diversas interpretaciones y soluciones que se le han dado.

El mundo de hoy es muy diferente al de la crisis de 1973 y las diferencias entre entonces y ahora ayudan a explicar qué es lo que está pasando. A lo largo de estas páginas el lector encontrará respuesta a muchas de las preguntas que todos nos hacemos en torno a la inflación. Por desgracia, también se dará de bruces contra nuevas preguntas que no han encontrado aún una respuesta convincente. La historia no se repite, pero a veces rima, y con seguridad nos volveremos a enfrentar a este problema en un futuro. Estas páginas servirán de faro entonces para los no expertos, para los que no son especialistas, pero que se enfrentan a las consecuencias de la inflación en el día a día de sus familias o de sus empresas.

En Cajamar, en tanto que banca social y cooperativa, hacemos de las personas nuestro centro de gravedad. Por eso no podemos permanecer ajenos a las consecuencias que la inflación tiene en la sociedad y que se describen en este volumen. Además, como entidad financiera cuyos insumos principales son el dinero y el tiempo, el fenómeno inflacionario dificulta y entorpece nuestra toma de decisiones. Afortunadamente, la tendencia actual tanto en España como en la eurozona es de clara contención, si bien en un entorno tan cambiante y desafiante como este, nada se puede dar por seguro.

Posiblemente, en unos años, como ya ha sucedido con otras temáticas tratadas por la colección Mediterráneo Económico, tengamos que dedicar un nuevo número a actualizar lo que aquí se cuenta. De momento, desde Cajamar queremos contribuir a luchar contra la inflación y sus efectos con la difusión del conocimiento en torno a ella —lo que contribuye a reducir la incertidumbre—, además de seguir aportando la labor de las y los profesionales que, a diario, atienden a nuestros socios y clientes, ofreciéndoles consejo y soluciones a medida para afrontar sus proyectos familiares o empresariales. Incluso a pesar de la inflación.